

Práctica 14: Alexis de Tocqueville

Fragmentos extraídos u obtenidos de ALEXIS DE TOCQUEVILLE, LA DEMOCRACIA EN AMERICA, AKAL, MADRID, 2007, TRADUCCIÓN DE RAIMUNDO VIEJO VIÑAS, VOLUMEN II, SEGUNDA PARTE, CAPÍTULO 4, PP. 639-643.

“IV. COMO COMBATEN EL INDIVIDUALISMO LOS AMERICANOS MEDIANTE LAS INSTITUCIONES LIBRES.

El despotismo, que es temeroso por naturaleza, ve en el aislamiento de los hombres el instrumento más seguro de su propia duración y, por lo general, pone todos sus cuidados en aislarlos. Ningún vicio del corazón humano le agrada tanto como el egoísmo. Un déspota perdona con facilidad a sus gobernados que no le quieran siempre y que no se quieran entre sí. No les pide que le ayuden a conducir el Estado, le llega con que no pretendan dirigirlo ellos mismos. Llama espíritus turbulentos e inquietos a aquellos que pretenden unir sus esfuerzos para crear la prosperidad común y, cambiando el sentido de las palabras, llama buenos ciudadanos a quienes se encierran estrictamente en sí mismos.

De esta suerte, los vicios que provoca el despotismo son precisamente aquellos que la igualdad favorece. Ambas cosas se completan y se ayudan mutuamente de una manera funesta.

La igualdad coloca a unos hombres al lado de otros, sin vínculo común que los retenga. El despotismo erige barreras entre ellos y los separa. Estas les predisponen a no preocuparse por sus semejantes, con lo que hacen de la indiferencia una especie de virtud pública.

El despotismo, que en todas las épocas es peligroso, resulta particularmente de temer en los siglos democráticos.

En estos mismos siglos, resulta fácil observar que los hombres tienen una particular necesidad de libertad.

Cuando los ciudadanos son obligados a ocuparse de los asuntos públicos, son apartados necesariamente de sus intereses individuales y separados, de vez en cuando, de su propia contemplación.

Desde el momento en que se tratan en común los asuntos comunes, cada hombre se percata de que no es tan independiente de sus semejantes como se figuraba al principio y que para obtener su apoyo a menudo debe prestarles su cooperación.

Cuando el público gobierna, no hay hombre que no sienta el valor de la benevolencia pública y que no procure cautivarla atrayendo la estima y el afecto de aquellos en medio de los cuales debe vivir.

Varias de entre las pasiones que hielan los corazones y los dividen se ven entonces forzadas a retirarse al fondo del alma y a guarecerse allí. El orgullo se disimula, el desprecio no se atreve a salir a la luz. El egoísmo tiene miedo de sí mismo.

Bajo un gobierno libre, al ser electivas la mayor parte de las funciones públicas, los hombres a quienes la altura de su alma o la inquietud de sus deseos incomodan en la vida privada, sienten cada día que no pueden prescindir de la población que les circunda.

Ocurre así que piensan en sus semejantes por ambición y que no pocas veces encuentran, de algún modo, su propio interés en olvidarse de sí mismos. Sé que me pueden objetar aquí todas las intrigas que producen la elección, los medios vergonzosos de que a menudo se sirven los candidatos y las calumnias que propagan sus enemigos. Son ocasiones

para el odio que se presentan tanto más en la medida en que las elecciones se hacen mas frecuentes.

Sin duda, estos males son grandes, pero son pasajeros, mientras que los bienes que nacen de ellos permanecen.

El deseo de ser elegido puede llevar a ciertos hombres a hacerse la guerra momentáneamente, pero a la larga ese mismo deseo conduce a todos los hombres a prestarse mutua apoyo. Y si sucede que una elección divide accidentalmente a dos amigos, el sistema electoral aproxima de una manera permanente a una multitud de ciudadanos que siempre permanecerían extraños entre sí. La libertad crea odios particulares, pero el despotismo produce la indiferencia general.

Los americanos han combatido con la libertad el individualismo que producía la igualdad y lo han vencido.

Los legisladores de América no han creído que para sanar una enfermedad tan natural al cuerpo social en los tiempos democráticos y tan funesta, llegase con conceder a toda la nación una representación de sí misma. De igual modo, pensaron que convenía dar una vida política a cada parte del territorio, a fin de multiplicar al infinito para los ciudadanos las ocasiones de actuar unidos y de hacerles sentir diariamente que dependen unos de otros.

Esto fue actuar con inteligencia.

Los asuntos generales de un país únicamente ocupan a los principales ciudadanos. Estos tan sólo se reúnen de vez en cuando en los mismos lugares y como a menudo ocurre que rápido se pierden de vista, no se establece entre ellos vínculos duraderos. Pero cuando se trata de resolver los asuntos particulares de un cantón por los hombres que lo habitan, los mismos individuos se encuentran permanentemente en contacto y están de algún modo obligados a conocerse y a complacerse.

Difícilmente se aparta a un hombre de sí mismo para interesarlo en el destino de todo el Estado, ya que difícilmente comprende la influencia que el destino del Estado puede ejercer sobre el suyo propio. Pero si hay que hacer pasar un camino por un extremo de su propiedad, comprobará al primer vistazo que entre ese pequeño asunto público y sus mayores asuntos privados existe una relación y descubrirá, sin que se le enseñe, el estrecho vínculo que ahí une el interés particular al interés general.

Por tanto, al encargar a los ciudadanos la administración de los pequeños asuntos, más que al encargarle el gobierno de los grandes, es cuando se les interesa por el bien público y se les hace ver la necesidad permanente que para conseguirlo tienen unos de otros.

Gracias a una hazaña se puede cautivar de golpe el favor del pueblo. Pero, para ganar el amor y el respeto de la población, se necesita una larga sucesión de pequeños servicios prestados, de oscuros buenos oficios, un hábito de benevolencia constante y una reputación de desinterés bien establecida.

Las libertades locales, que hacen que un gran número de ciudadanos ponga precio al afecto de sus vecinos y sus allegados, conducen a unos hombres hacia los otros incesantemente, a pesar de los instintos que los separan y que les obliga a ayudarse mutuamente.

En los Estados Unidos, los ciudadanos más opulentos tienen buen cuidado de no aislarse del pueblo. Bien al contrario, se aproximan a él permanentemente, le escuchan de buen grado y le hablan todos los días. Saben que los ricos de las democracias siempre tienen necesidad de los pobres y que, en los tiempos democráticos, al pobre se le atrae más por las maneras que por las buenas acciones. La propia grandeza de las buenas acciones,

que pone en evidencia la diferencia de condiciones, causa una irritación secreta a quienes se benefician de ellas. La simplicidad de maneras, empero, tiene encantos casi irresistibles; su familiaridad atrae e incluso no siempre desagrade su tosquedad.

Esta verdad no invade a la primera el espíritu de los ricos. Por lo general, se resisten a ella tanto como dura la revolución democrática e incluso una vez que ésta se ha realizado no la admiten inmediatamente. Consienten de buen grado en hacer bien al pueblo, pero quieren seguir manteniéndolo a distancia con cuidado. Creen con eso que resulta suficiente. Se equivocan. Así se arruinarían y no volverán a encender el corazón de la población que les roda. No es el sacrificio de su dinero, sino el de su orgullo, lo que se les solicita.

Diríase que en los Estados Unidos no hay imaginación que no se agote en inventar los medios de incrementar la riqueza y de satisfacer las necesidades del público. Los habitantes más instruidos de cada cantón se sirven sin cesar de sus conocimientos para descubrir nuevos secretos apropiados con el fin de acrecentar la prosperidad común, y cuando han encontrado algunos no tardan en entregárselos a la multitud.

Al examinar de cerca los vicios y las debilidades que no pocas veces dejan ver en América quienes gobiernan, nos asombramos de la prosperidad creciente del pueblo y nos equivocamos. No es el magistrado elegido quien hace prosperar la democracia americana, sino ésta la que prospera porque el magistrado es efectivo.

Sería injusto creer que el patriotismo de los americanos y el celo que cada uno de ellos demuestra por el bienestar de sus conciudadanos no tienen nada de real. Aun cuando en los Estados Unidos, como en otros muchos sitios, el interés privado dirige la mayor parte de las acciones humanas, no las regula todas.

Debo decir que he visto frecuentemente a los americanos haciendo grandes y verdaderos sacrificios por la cosa pública y he observado cien veces cómo en caso de necesidad casi nunca dejaban de prestarse un fiel apoyo unos a otros.

Las instituciones libres que poseen los habitantes de los Estados Unidos los derechos políticos de los que tanto uso hacen, recuerdan a cada ciudadano permanentemente y de mil maneras que vive en sociedad. Aproximan a cada instante su voluntad a la idea de que tanto el deber como el interés de los hombres estriba en hacerse útiles a sus semejantes. Y como no ven ninguna razón particular para odiarlos, ya que nunca son ni sus esclavos ni sus amos, su corazón se inclina hacia la benevolencia con facilidad. Se ocupan del interés general por necesidad, primero, y por decisión, después. Aquello que era cálculo deviene instinto y a fuerza de trabajar por el bien de sus conciudadanos, terminan al fin por adquirir la costumbre y el deseo por servirlos.

En Francia, mucha gente considera la igualdad de condiciones como el primer mal y la libertad política como el segundo. Cuando se ven obligados a soportar la una, se esfuerzan cuando menos por escapar a la otra. Y por lo que a mí respecta, afirmo que para combatir los males que puede producir la igualdad, sólo existe un remedio eficaz y es la libertad política.”

Cuestiones para el Comentario del Texto

- 1.-Contextualice brevemente la época que vivió Alexis de Tocqueville.**
- 2.-Señale los datos biográficos más importantes del autor. Explique su relevancia intelectual.**
- 3.-¿Qué papel juega el mencionado ensayo en el conjunto de su obra?**

4.-Suele sostenerse que la democracia requiere de ciudadanos activos, que en cierta forma se sacrifiquen por la comunidad. ¿Cómo refleja Tocqueville esta visión? ¿Cree que es algo que se dé en las sociedades actuales? ¿Qué mecanismos ayudarían a promoverlo?

5.-¿Cómo puede promover el Estado que sus ciudadanos tengan virtudes cívicas? ¿Es algo que se debería conseguir mediante el Derecho? ¿O mediante la educación? En ambos casos, ¿no sería una forma de intromisión en la autonomía individual de los ciudadanos? Justifique la respuesta.

6.-Dworkin ha definido los derechos individuales como *triumfos* frente a la mayoría. ¿Cuáles son los límites de la regla de la mayoría? ¿Quién y cómo se determinan esos límites en caso de conflicto?

7.-Una visión material de la democracia apostaría por más mecanismos participativos y deliberativos. En este sentido, ¿qué reglas deberían ser tenidas en cuenta en la deliberación de los asuntos públicos? ¿Qué instituciones podrían ser reformadas o implantadas?

<http://ocw.uc3m.es/filosofia-del-derecho/filosofia-politica>